este fundamento, y emplee todas las fuerzas de su genio en destruirlo; dejadlo hacer: no logrará mas que poner de manifiesto su impotencia; al fin irá á estrellarse contra esa piedra, ó si consigue moverla, nuevo Sisifo, la verá caérsele encima y sentirá mas que nadie todo su peso. *Qui ceciderit super lapidem istum confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum* (1).

Es, pues, necesario fijarse en esta prueba invencible de los milagros. Forma con la de las profecías el sólido y firme núcleo de la fé cristiana. Sobre ella y en torno suyo van desarrollándose despues los demas elementos de esta fé: la belleza de la doctrina, la santidad de la moral, la suavidad vivificante de la práctica.

Todos estos elementos se combinan entre sí de tal manera, que no se puede tener la fé práctica sino por su reunion, y que hasta el que parece que no debia ser sino producto y consecuencia de todos los otros, se convierte en su principio y medio. Los milagros hacen creer en la doctrina, y la práctica de la doctrina hace creer en los milagros: la fé en los milagros logra hacer milagros.

¿Lo dudais? ¿Quereis saber qué relacion puede haber entre una práctica de religion y el hecho esterior de los milagros?—Vamos á decíroslo: Es que por medio de esta práctica esperimentareis la misma virtud que hizo los milagros, y que en el milagro interior de la curacion de vuestra alma, reconocereis á AQUEL que decia á los paralíticos de la Judea: *Levántate, coje tu lecho y anda.*

CAPITULO VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Para los que no quieren penetrar mucho en el cuerpo de las pruebas, aun estrínsecas, del cristianismo, hay algunas que forman relieve, que por su aislamiento y sencillez se prestan á las disposiciones mas débiles del entendimiento, y que parecen proyectar la luz. Para comprenderlas no son menester investigaciones ni cálculos: se ponen espontáneamente en evidencia, y basta fijar en ellas la vista.

Tales son las tres pruebas siguientes, por las cuales vamos á dar fin al curso de estos *Estudios:*

1º Establecimiento del cristianismo;
2º Efectos del cristianismo;
3º Estabilidad del cristianismo.

La primera de estas pruebas será materia para el presente capítulo, y las otras dos para los dos inmediatos.

Considerado el establecimiento del cristianismo de una manera completa, lleva en sí otras dos pruebas: los milagros y el cumplimiento de las profecías, y por este medio obliga á un reconocimiento inmediato de la divinidad.

(1) Mat., XXI, 44.

Pero separado de estos dos elementos, abstraccion hecha de los milagros y profecías, tomado en sí mismo y aisladamente, el grande hecho del establecimiento del cristianismo y de su rápida propagacion basta tambien para decidir la fé; y hay la ventaja de que, si se puede llegar á discutir su apreciacion, á lo menos no se puede soñar siquiera en eludir su certidumbre.

Esta materia es de las mas debatidas por los apologistas, y nosotros mismos hemos hablado de ella con mucha frecuencia; sin embargo, es de tanto interes para nuestra fé, que creemos deber proponerla tambien á vuestra atencion. Cuando una prueba es decisiva, dice á este propósito Voltaire, cuando es necesaria, ¿debemos evitar el reproducirla? Seria una vanidad criminal y una pueril afectacion. No se trata de variedad, sino de verdad y de argumentos esactos y concluyentes. Esto es lo positivo; de lo demas puede prescindirse.

Primeramente espondremos el fenómeno del establecimiento del cristianismo, y en seguida ecsaminaremos las causas.

§ I.

Para comprender bien toda la fuerza del fenómeno del establecimiento del cristianismo, convendria poder olvidar todo cuanto de él sabemos ya, y recibir su impresion como la de un cuadro que se nos hubiese ocultado hasta aquí, y cuyo velo se nos fuese levantando poco á poco.

Hay que considerar sucesivamente en él tres cosas:

La empresa,
Los medios,
El resultado.

I. El cristianismo se nos ofrece en el dia con un sistema teológico perfectamente deducido y formulado, con una moral profundamente justificada por la esperiencia, con un culto resplandeciente en bellezas, honrado por los reyes, defendido por grandes genios, ecsornado por las bellas artes, alimentando á la tierra con sus beneficios, y apoyado en diez y ocho siglos de pruebas y de triunfos; centro necesario de todos los vínculos y relaciones que ha ido creando en las costumbres, en las leyes y en las instituciones civiles y sociales, y envolviendo al mundo en su luminosa y vivificante atmósfera. En este estado no podemos dejar de ver en él una cosa grande, poderosa, bella, divina; y sin embargo, ¡cuántos entendimientos lo desconocen todavía y lo hostilizan, y de cuántas violencias recientes lleva impresas aún las profundas cicatrices!

Pero despojemos al cristianismo de todos esos adornos, de todos esos frutos, de todos esos testimonios, de todas esas relaciones y de todas esas luces que de sí mismo nos ha dado; quitémosle todo eso y no le dejemos mas que su cruz, su cruz de palo, su pesada y ensangrentada cruz, no siendo aún mas que un patíbulo infame, reservado al suplicio de los esclavos; hagamos descender esta cruz de la corona de los reyes y de lo alto de los templos, y hagámos-

la pasar del centro del mundo á sus estremidades; arrojémosla fuera de él como un objeto de ecsecracion, de horror é infamia, y despues, en presencia de esta cruz oscura, innoble, manchada con la sangre de los mas viles criminales, coloquemos el mundo pagano, ese mundo de la fuerza, de la voluptuosidad, del feroz orgullo y de la mas torpe corrupcion, que toleraba á un Tiberio, un Claudio, un Neron, un Heliogábalo, ¿qué decimos? que les tributaba incienso, y que en cambio de una servidumbre tan brutal no les pedia mas que dos cosas: *pan* y *fiestas*. Considerad que este estado del mundo pagano, cuyo escándalo hemos recordado tantas veces, no era pasajero y accidental, sino el resultado progresivo y como el sumidero universal de la miseria humana desde el orígen de las sociedades. Figuraos que los abominables escesos de que era teatro, no eran solo inspirados por la perversidad primitiva, sino alentados por el ejemplo oficial y público, autorizados por las leyes, consagrados por las religiones, connaturalizados por el hábito, y que á cualquiera lado que uno se volviera, se encontraba abismado en él, vivia en él y se hallaba ligado á él por las preocupaciones del espíritu, las inclinaciones del corazon, el estravío de los sentidos, el temor de los hombres y de Dios, y por la autoridad y como por el peso de las edades.

Proponer á este mundo....¿qué? cambiar por todo el universo las religiones establecidas; renunciar de repente á aquel culto de la idolatría, defendido con la majestad de los antepasados, armado con la supersticion, y sobre todo identificado con los vicios del alma y con las mas violentas y las mas agradables afecciones de la naturaleza. No está todo aquí: arrancar estos vicios no ya solamente de sus templos y de sus altares esteriores, sino de los hábitos de la vida, del fondo de los corazones, de las entrañas del alma; desecharlos y aborrecerlos para recibir en su lugar virtudes rígidas, insensibles, desolantes, crueles con la naturaleza, invisibles, inauditas, y de la mayor parte de las cuales no se habia oido hablar hasta entonces, como la virginidad, el perdon de las injurias, el amor á la pobreza, la penitencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad, el sacrificio; es decir, lo contrario de todo cuanto ecsistia, el trastorno de todas las ideas recibidas, la condenacion del mundo y de sí mismo, sin reservarse nada, ni siquiera el mérito del sacrificio, y todo esto para no ser feliz hasta despues de la muerte....Y ¿con qué garantías? porque un hombre crucificado en Jerusalen lo enseñó así, y porque dicen que este hombre se resucitó á sí mismo y subió al cielo, en donde es Dios, no *un* Dios, sino el solo y único Dios, por el cual debemos abandonar todos los demas....Dios crucificado, queriendo ser adorado con su cruz y sobre su cruz, y no solamente adorado, sino seguido é imitado en este mismo estado de sufrimiento y de ignominia.....por todo el mundo.....Proponer, repetimos, esta doctrina con la cruz en la mano, no á algunos adeptos y en algun lugar secreto, sino en las calles y plazas públicas, entre las estatuas de los dioses y las saturnales de su culto, andando por todas partes, de ciudad en ciudad, del Oriente al Occidente; hacer caer el universo á los piés de esta cruz, llevada desde el Gólgota al Capitolio, é imponerla al mundo como el tipo soberano y absoluto, segun el cual debia todo reformarse:

He aquí la empresa.

II. Veamos los medios.

Doce judíos, doce pescadores de un lago de Galilea, que no saben nada, que nada tienen, á las órdenes de Pedro, el menos emprendedor de todos ellos, y á quien ya habian hecho caer las preguntas de una criada .....tal es el ejército del Cristo, tales los conquistadores del universo.—He aquí su consigna:

"Jesus envió así á sus DOCE, despues de haberles dado las siguientes instrucciones: No os atareeis por tener oro ó plata en vuestro bolsillo;.....no penseis nunca en cómo debereis hablar.....Cuando alguno no os quiera recibir, salid de la casa ó de la ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros piés.... Yo os envío como corderos en medio de lobos.... os harán comparecer en sus asambleas, os azotarán en sus sinagogas, y siempre sereis perseguidos por mi causa (1). De este modo dareis testimonio del CRUCIFICADO, en Jerusalen y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los términos de la tierra. Id, pues, por todo el universo á predicar el Evangelio á toda criatura, y acordaos de que yo, que me voy y á quien ya no vereis mas, estaré sin embargo con vosotros hasta el fin del mundo." (2).

Cree uno estar soñando y ser víctima de un delirio falaz, cuando abstraccion hecha de la divinidad de Jesucristo, de su resurreccion verdadera y de su sobrenatural asistencia, fija la atencion en ese complot, urdido de este modo por doce hombres insignificantes, contra el universo. No sabemos qué estrañar mas, si la locura de la empresa ó la estravagancia de los medios. Y se admira el completo desprecio de toda prudencia humana, con que el autor del cristianismo concibió alcanzar lo mas gigantesco que haya ecsistido jamas, por medio de lo mas ínfimo de todo, y rehacerlo todo valiéndose de la casi nada: esto es, la eleccion de lo imposible; es decir, que es el divertimiento de un loco, si no es el de un Dios: los sucesos lo habian de decidir.

Apelamos sin temor á toda razon bastante escenta de preocupaciones para poder ver las cosas como en sí son: ¿no es así como se presenta la empresa del cristianismo? y si el orígen nos fuese desconocido, ¿no consentiriamos en ver en su resultado, el mas increible, y probado que estuviese, el mas decisivo de todos los milagros?

III. Pues bien, este milagro se realizó. El resultado mas rápido, mas inmenso y permanente vino á resolver decididamente la cuestion, y á hacer brillar la divinidad del principio en la nada de los medios. Nuestros doce pescadores, despues de haber aceptado el encargo de ir por todo el universo á predicar el Evangelio *á toda criatura*, se repartie-

(1) Mat., X; Luc., IX; Mar., VI.
(2) *Hechos*, I; Mat., XXVIII.

ron el mundo, y durante su vida lo conquistaron para Jesucristo; inocularon en el género humano la fé cristiana; plantaron la cruz en el corazon del paganismo, y desde entonces el paganismo, herido de muerte, no hizo mas que forcejar al pié de esta cruz, principio de una nueva vida, y acabar de morir forcejando.

Nada hay en este hecho que no sea literalmente esacto, y su consideracion por partes no le hace perder nada del prodigio que se descubre en su conjunto: vamos á verlo.

Despues de haber recibido su mision, entraron los apóstoles en una casa de Jerusalen, y "subieron á un cenáculo, en donde estaba Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simon el Zeloso, y Judas, hermano de Santiago." (1)

A causa de la defeccion de Judas, no eran entonces mas que once. Lo primero que hicieron, á insinuacion de Pedro, fué nombrar uno que reemplazase á aquel traidor, entre los que, como ellos, habian sido testigos de Jesucristo: la suerte recayó en Matías.

Perseveraban en oracion, esperando la señal y el ausilio que se les habia prometido.—Cuando fueron cumplidos los dias de Pentecostes, estando todos juntos en un mismo lugar, recibieron el Espíritu Santo, segun nos refiere el libro de los *Hechos;* en seguida, como embriagados de aquel soplo inspirador, bajaron á la calle y empezaron la predicacion de la cruz, y *á dar testimonio con grande energía de la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.* Pedro, siempre el primero, empezó á hablar, y al momento se convirtieron tres mil almas; poco despues predicó el mismo Pedro por segunda vez, y se convirtieron cinco mil. Con toda deliberacion dejamos de hacer mérito de los milagros que obraban al propio tiempo, pues queremos prescindir de ellos para fijarnos esclusivamente en el simple hecho del Cristianismo. Lo que no puede negarse es que la ciudad de Jerusalen vió muy pronto formarse la primera sociedad cristiana, y que esta sociedad se hizo rápidamente considerable: *la multitud de los que creian no tenia mas que un corazon y una alma.*

Perseguidos por los magistrados de la ciudad, que habian hecho ya morir á su maestro, son presos, azotados y amenazados de muerte; *por haber llenado á Jerusalen de una doctrina que hacia responsables á estos magistrados de la sangre de aquel hombre;* pero ellos se rien de esos castigos y amenazas, y continúan su predicacion.

Muy pronto su celo y su buen écsito necesitan mas espacio: rebosan fuera de Jerusalen, *y se apoderan de toda la Samaria, y llegan á la Fenicia, á Chipre y á Antioquía,* en cuya última ciudad los discípulos del Evangelio toman por primera vez el nombre de *cristianos.* En todos los lugares por donde pasan, fundan iglesias y dejan discípulos que guardan y propagan el depósito de la fé. Estévan, uno de estos últimos, que habia quedado en Jerusalen, da con su muerte testimonio de esta fé; es apedreado, y su sangre, cayendo sobre uno de sus verdugos, hace de él un grande apóstol: Pablo se convierte, y emplea en la propagacion del cristianismo todo el entusiasmo con que hasta entonces lo habia perseguido.

Pero hasta aquí no hemos visto mas que los preludios. Antes de estenderse los apóstoles por regiones mas distantes, se reunen en Jerusalen, y aquí, en el primero de todos los concilios y al momento de irse á separar para siempre, formulan el símbolo de su fé. Esta constitucion de los cristianos, que habia de llegar á ser la ley del mundo, no fué entonces escrita (2). Despues de haberse visto por última vez los *doce* que hasta aquí habian estado y obrado juntos, se separan, cada uno de ellos toma una direccion distinta, y se encarga solo de una parte del mundo para desmontarla de las malezas de la idolatría, sembrar en ella el Evangelio y regarla con su sangre: Juan predicó en el Asia menor; Felipe se fué al Asia mayor; Andrés evangelizó á los scitas, Tomás á los partos, llegando hasta la India, adonde Bartolomé llevó el Evangelio de San Mateo, escrito antes que los otros. Simon predicó en Persia, Matías en Etiopia, y Pablo en Grecia, en las Galias y en España (3).

Pedro no se fijó al principio en ningun punto: *iba visitando de ciudad en ciudad á todos los discípulos,* como el soberano pastor *de los corderos y de las ovejas;* pero su celo y caridad no le dejaron ignorar por mucho tiempo la sede de su episcopado, y despues de haber predicado el Evangelio en el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, Simon Pedro el pescador, adelantándose á Pablo, que despues se le debia reunir, se encaminó solo, el primero hácia la Italia, y fijó sobre Roma su planta para no apartarla jamas.

Vamos á transcribir el testo monumental en que Eusebio, á pesar de sus preocupaciones orientales y de su sospechosa ortodoxia, celebra la llegada de Pedro á las puertas de la ciudad de los Césares.

"Finalmente, dice, en los dias de Claudio Augusto (el año 42 de Jesucristo) la tierna y misericordiosa providencia de Dios dirigió contra Roma, que habia llegado á ser la corruptora del género humano, el mas fuerte, el mas grande, el príncipe de los apóstoles, Pedro, que como un valeroso conductor de la milicia divina, pertrechado con las armas del cielo, vino desde el Oriente á traer el precioso tesoro de la luz intelectual á los que habitaban en el Occidente."

Desde aquel momento dejó Roma de ser señora: la dominaba ya el cristianismo. Nos lo dice Tácito en términos muy precisos, porque manifiestan al propio tiempo, por el ejemplo de Tácito mismo, la enormidad de los obstáculos que tenia que atravesar el cristianismo en la política de los emperadores y la prevencion pública, y sin embargo, su increible rapidez: "Neron, dice el autor citado, hizo

(1) *Hechos de los apóstoles*, uno de los *libros mas auténticos*, no debemos cansarnos de repetir con M. Guizot, *que nos ha dejado la antigüedad.*

(2) *Esta es la carta de Jesucristo, hecha por nuestro ministerio*, dice San Pablo, *y escrita no con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones.* [II, Corint., cap. 3.]

(3) Chateaubriand, *Estudios históricos.*

entonces sufrir los mas crueles tormentos á una especie de hombres, ABORRECIDOS POR SUS INFAMIAS [á su tiempo veremos, por el testimonio de Plinio, en lo que estas infamias consistian], y á quienes llamaban vulgarmente *cristianos.* Veníales este nombre de uno llamado CRISTO, que en el reinado de Tiberio, y por órden del procurador Poncio Pilatos, sufrió el último suplicio. Contenida por un momento esta ECSECRABLE SUPERSTICION, rompia de nuevo sus diques, no solamente en la Judea, donde habia aparecido, sino hasta en la misma Roma. Fueron presos muchísimos de ellos, á quienes no fué posible convencer del crímen de incendio [por el que se les perseguia], sino de una OBSTINACION DE ODIO CONTRA EL GENERO HUMANO. Fueron insultados hasta en sus suplicios, los cuales se ejecutaban en los jardines del emperador, mientras daba este fiestas al pueblo, con el que se mezclaba á veces vestido de cochero. De aquí nacia la conmiseracion por unos hombres VERDADERAMENTE CULPABLES Y DIGNOS DE TODA ESPECIE DE SUPLICIOS, pero que perecian inmolados al inhumano placer de uno solo, y no á la pública utilidad." (1)

¡Qué prevencion en un historiador que censuraba los crímenes y costumbres de su época, como Tácito! ¿Qué sucederia, pues, con la generalidad de los demas hombres?

Y sin embargo, no hay ejemplo de una rapidez semejante á la de la propagacion del cristianismo.

La levadura apostólica, poco antes tan pequeña é insignificante, habia ya penetrado en toda la masa, y salia de ella por todas partes dirigiéndose á la fé. Nuestros doce pescadores, perdidos al principio en Jerusalen y limitados á un *cenáculo,* cuentan ya sus conquistas por PUEBLOS, y escriben cartas á las NACIONES: á los *gálatas,* á los *efesios,* á los *filipenses,* á los *colosenses,* á los *tesalonisenses,* á los *hebreos* y á los *romanos;* la sola pluma de San Pablo, mas rápida y mas laboriosa que la de César, alimenta la fé en todo el universo.

La célebre carta de Plinio á Trajano hace resaltar tambien este prodigio, atestiguando como Tácito los obstáculos que la política y la prevencion paganas oponian al cristianismo, y la rapidez con que este los iba venciendo todos..... "No sé decidirme, dice, á si se debe tener en cuenta la edad, ó confundir en unos mismos castigos al niño y al hombre formado; si es conveniente perdonar el arrepentimiento, y si se debe castigar el nombre, aun cuando esté libre de todo crímen, ó los crímenes consiguientes al nombre. Sin embargo, he observado la siguiente conducta: He enviado al suplicio á los que persistian en declararse cristianos... *Por otra parte,* los que se retractaban aseguraban que su falta ó error no habia consistido nunca mas que en lo siguiente: *Se reunian en dias señalados antes de la salida del sol; cantaban á coro versos en alabanza del Cristo, como de un Dios; se obligaban con juramento, no á ningun crímen, sino á no cometer nunca robo, salteamiento ni adulterio; á no faltar jamas á su palabra ni negar un depósito: despues de esto tenian costumbre de separarse, y se juntaban de nuevo para comer manjares comunes é inocentes.*"

Es preciso convenir en que tenia mucha razon Tácito cuando llamaba á esto *ecsecrable supersticion, abominables infamias,* y que por semejante *obstinacion de odio contra el género humano,* aquellos hombres eran *verdaderamente culpables y dignos de todos los suplicios:* el género humano de aquella época no podia calificar y juzgar de otra manera á personas que le eran hostiles, hasta el punto de profesar todas las virtudes.

En cuanto á Plinio, testigo ocular de estas virtudes, y despues de haber juzgado necesario, para descubrir la verdad y asegurarse de la declaracion de algunos apóstatas, poner á los fieles en tortura, *nada mas he encontrado,* dice, *que una ridícula y escesiva supersticion. Sin embargo, si han persistido en ella, los he enviado al suplicio. Porque* DE CUALQUIERA NATURALEZA *que fuese la confesion que hacian, he creido que se debia castigar* A LO MENOS *su terquedad y su inflecsible obstinacion.*

¡Qué! ¿la *mera terquedad* es digna de suplicio, *cualquiera que sea* su objeto? ¿hasta la *terquedad de la inocencia?*.... Jamas la fuerza brutal llevó tan lejos el cinismo de la apología. Pero ¿qué decimos de cinismo? no lo habia á la sazon en esto, y la prueba está en que el que habla así, es el mas amable de los hombres, ejecutando los decretos del mas generoso de los príncipes. No es Sejano escribiendo á Tiberio, es Plinio á Trajano. "En qué profunda degradacion habia, pues, caido el espíritu humano, esclama Villemain, para que un hombre como Plinio, mandase llevar al suplicio á hombres que juzgaba inocentes, y para que un príncipe como Trajano aprobase semejante barbárie y escribiese á Plinio: *Has observado la conducta que mas convenia.*" (*Curso de Literatura,* tom. II, p. 483.)

Por ahí puede calcularse la oposicion que el cristianismo debia encontrar, no solamente en aquella fuerza ciega que pulverizaba toda resistencia, cualquiera que fuese *su naturaleza,* sino en la opinion y en las costumbres de que era espresion, y particularmente en la monstruosa prevencion de que esta religion era objeto, aun por parte de las personas mas distinguidas. ¿Cómo, en medio de ideas tan anti-cristianas que un Plinio y un Tácito no veian en las virtudes evangélicas mas que *infamias abominables, una obstinacion de odio contra el género humano, verdaderamente digna de todos los suplicios,* pudo el cristianismo respirar un solo instante? ¿Cómo pudo dilatarse y propagarse con la rapidez que dice Tácito y que confirman las últimas palabras de la carta de Plinio?

"El negocio me ha parecido digno de atencion, sobre todo por el número de personas á quienes amenazaba el mismo peligro. *Una multitud de personas de toda edad,* CONDICION *y secso,* están y estarán todos los dias complicadas en esta acusacion. El contagio de la supersticion no ha infestado solamente á las ciudades; se ha propagado tambien por los lugares y los campos. Pero creo que se le puede poner remedio y contenerle ... Lo cierto es que los templos, *que estaban casi desiertos,* son

(1) *Anales*, lib. 15, núm. 44.

frecuentados, y que los sacrificios, por mucho tiempo descuidados, vuelven á empezar. En todas partes se venden víctimas, *que antes encontraban pocos compradores.* Por ahí se puede juzgar cuántos volverán de su estravío si se facilita el arrepentimiento" (1).

El universo cristiano desmintió despues las esperanzas de Plinio, dice Chateaubriand. ¡Qué progresos tan rápidos y tan admirables! ¡Una multitud de personas de *toda condicion!* ¡los templos abandonados! ¡las víctimas no encuentran compradores! ¡y el evangelista San Juan acababa apenas de morir!

Ese efímero resultado, sobre el cual fundaba Plinio su confianza de contener los progresos del cristianismo, nos recuerda este pensamiento de Pascal sobre la naturaleza: "La naturaleza, dice aquel gran genio con ese estilo inimitable que tan bien remeda todos los movimientos de la verdad, la naturaleza obra progresivamente: *itus et reditus.* Pasa y vuelve á pasar, luego va mas lejos, luego dos veces menos, luego mas que nunca, &c..... Así se efectúa el flujo de la mar. Así parece que obra el sol." Así iba marchando el cristianismo.

Juliano el apóstata, en sus impíos sarcasmos, deja escapar, acerca de esta marcha invencible, confesiones y revelaciones que no debemos olvidar.

Empieza diciendo que: "Jesus y Pablo no pudieron prever las quimeras que se formarian algun dia los galileos; no podian *adivinar* el grado de poder á que estos llegarian. Pablo (2) y Jesus no tenian mas pretension que engañar á algunas criadas y algunos esclavos ignorantes. ¿Pueden citarse en tiempo de Tiberio y de Claudio cristianos distinguidos por su nacimiento ó su mérito?....

"Ni Pablo, ni Mateo, ni Lúcas, ni Márcos se atrevieron á decir que Jesus fuese Dios (3); pero *cuando en la Grecia y en la Italia* UN GRAN NUMERO DE PERSONAS *lo hubieron reconocido por tal, y hubieron empezado á* HONRAR LOS SEPULCROS DE PEDRO Y DE PABLO, entonces Juan declaró que el Verbo se habia hecho carne, y que habia habitado entre nosotros." (4)

De modo que, bajo Tiberio y Claudio, en el mismo nacimiento de la éra cristiana, el cristianismo contaba apenas por neófitos algunas criadas y algunos esclavos, y he aquí que *inmediatamente despues, viviendo aún el apóstol San Juan, y antes que escribiese su Evangelio,* la Grecia y la Italia están llenas de cristianos que van á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, en la misma Roma, á despecho de aquel poder que acababa de degollarlos. ¿Cómo pudo suceder esto? Juliano no advierte que con semejante observacion presta nueva fuerza al milagro del establecimiento del cristianismo.

Pero ¿qué necesidad tenemos de las revelaciones y confesiones de algunos paganos? el hecho se presenta mas claro que la luz del dia. A la vista de todos, del Oriente al Occidente, hasta sus entrañas, invade el cristianismo al mundo pagano, y lo disuelve penetrándolo: desde el primer siglo él es la historia, la grande historia, toda la historia del universo. De las gradas del trono de los Césares y cara á cara con su poder, se levantaron aquellas grandes voces de los apologistas cristianos, tan llenas de razon, de calma, de dignidad, de conciencia y de libertad. Sorprendido por una resistencia que nunca encontrara todavía ni imaginara; no concibiendo nada del principio que la alimentaba, el coloso romano se puso furioso. Apresto todas sus fuerzas, aquellas fuerzas con las cuales habia conquistado todo el mundo y lo tenia sujeto, y rodeó al cristianismo de aparatos de muerte. Poseia todo cuanto puede asegurar el triunfo en el órden de las cosas humanas: la fuerza, la seduccion, la opinion; todo, menos la verdad. Mientras los majistrados decretaban la muerte de los cristianos, no encontraban estos ni consuelo ni refugio en nada en la tierra: ni en la compasion del pueblo que, ávido de espectáculos de sangre, aplaudia sus suplicios y los conducia á ellos; ni en la opinion de los sabios y filósofos que, celosos de su virtud y ofuscados por su doctrina, los ridiculizaban; ni en la rebeldía y la natural defensa, á las cuales jamas recurrieron; ni, en fin, en la necesidad y la desesperacion, postreros estímulos del valor, puesto que todas las puertas de la vida y de la sociedad, con sus honores y placeres les estaban abiertas, y con las cuales se les convidaba hasta su último suspiro. Desconocidos, calumniados, despreciados, abandonados y rechazados de toda la tierra, sufriendo mil muertes en una sola, y hasta en medio de los mas horrorosos suplicios; con libertad para vivir y aun solicitados á que vivieran, los cristianos de todos secsos, condiciones y edades, morian.... Así venció el cristianismo; de este modo consiguió que despues de tres siglos de una lucha tan atroz no hubiese mas.... que cristianos.

Tal es en resúmen el fenómeno del establecimiento del cristianismo.

¿Puede encontrarse su causa mas que en una fuerza enteramente divina? Esto es lo que ahora vamos á ecsaminar.

(1) *Cartas de Plinio.*
(2) ¿Y cuando predicaba en el Areópago?
(3) ¿No conocemos por *Márcos* y *Mateo* aquella delegacion hecha á los apóstoles por Jesucristo de la *omnipotencia divina* de que se hallaba revestido?
(4) S. Cyril. contr. Julian.

§ II.

I. Lo primero que en el cristianismo debe llamarnos la atencion, es la perfecta y unánime inteligencia de su doctrina por los doce apóstoles. No hablamos aún de la *resolucion* de persuadirla á todo el universo, y mucho menos del *resultado:* nos limitamos por ahora á su inteligencia en los apóstoles.

En Jesucristo, su autor, la concepcion de esta doctrina que iluminó y santificó al mundo, revela la mas sublime sabiduría, y nos da de él la idea de un ser aparte, que ni el incrédulo sabe cómo llamarlo Dios. Circunscrito á su sola persona, el fenómeno es ya dificultoso, si no es decisivo.

Pero ¿cómo esta misma doctrina, tan sublime que no puede proceder mas que de un Dios; tan contraria á todas las inclinaciones y preocupaciones de la

época en que apareció, que la sabiduría mundana solo vió en ella una locura; tan profunda y tan oculta al sentido humano, que despues de diez y ocho siglos de desarrollo y aplicaciones, á nosotros que nacemos en su seno nos cuesta tanto trabajo penetrarla y recibirla, pudo pasar de repente al alma de doce pobres ignorantes, y con toda esa plenitud que rebosó luego sobre el mundo entero?

Si el autor del cristianismo hubiese escogido por discípulos algunas de esas grandes inteligencias que lo defendieron despues con tanto esplendor, un Crisóstomo, un Agustin, un Tomás de Aquino, un Bossuet; si les hubiese trazado él mismo de una manera precisa y dado por escrito el programa de su enseñanza; si hubiese trabajado con ellos en propagarlo de modo que les hubiese servido de visible centro de reunion y de unidad, y para formarlos poco á poco bajo su direccion, hasta que su doctrina se hubiese hecho conocer por el mundo, todavía seria prodigioso que hubiese logrado su objeto, si hemos de juzgar por lo que antes de él habian intentado los jefes de escuelas filosófieas, y por todo lo que hemos visto despues en aquel enjambre de sectas, que ni siquiera esperaron la muerte del autor del catolicismo para hormiguear en su doctrina.

Nada de todo esto hace Jesucristo: reune doce hombres de cortos alcances, groseros, incapaces de pensar y de hablar, sumidos en la ignorancia y envejecidos en la materia. No les habla mas que por enigmas, trata siempre con ellos de los mas profundos misterios, no les promete mas que tormentos, y se hace seguir de ellos....no está todo aquí: se hace seguir durante su vida, pero no obtiene de ellos mas que una adhesion tosca y frágil que cede al primer soplo de la adversidad; muere abandonado, y no les lega otra enseñanza ni otro libro que su cruz; desaparece y los deja solos en este estado, sin decirles mas sino que vayan á predicar su doctrina á toda criatura..... Y he aquí que de repente germina esta doctrina en ellos, dilata y llena su inteligencia, inflama su corazon, desata su lengua, inspira su conducta, todo lo ilumina en torno suyo, y á todos les hace pensar, sentir, hablar y obrar de la misma manera, y de una manera tan poderosa, tan persuasiva y eficaz, que lo que no habia hecho su mismo maestro durante su vida, lo hacen ellos: convierten el mundo, y la sola palabra de Pedro cautiva desde el principio á ocho mil hombres.

Todo salió de aquí, y despues ninguno, entre los mas grandes genios del catolicismo, pretendió enseñar ni mas ni menos que lo que los apóstoles enseñaron; lo que ellos dijeron es la regla, y cuanto mas nos acercamos á ello, mas instruidos y mas perfectos somos: sus escritos son el testo, el nervio y el adorno de los mas bellos discursos.

Ahora, empero, vamos á preguntar:

¿Cómo pudo una doctrina tan misteriosa y tan sublime adquirir desde luego su perfeccion en unos hombres semejantes? Cómo siendo tan ignorantes la comprendieron á primera vista? Cómo supieron ver en la locura y debilidad de la cruz toda la fuerza de Dios, y prever toda la estension de sus desarrollos y de su aplicacion en el mundo? ¿Por qué eran ellos los únicos que sostenian ser grande, justo, santo, adorable y divino lo que todos, con Tácito y Plinio, llamaban entonces abominable, infame y criminal? Y por qué ellos solos tuvieron razon contra todo el mundo? ¿Por qué todos los tesoros del cristianismo, de que estamos disfrutando todavía, se hallaban encerrados en aquellos *vasos de barro,* como ellos mismos se llamaban, y se desprendian de ellos nociones tan sublimes, tan ardientes, tan bien comprendidas, espresadas con tanta energía y tan generosamente confesadas? ¿Por qué no se contradijeron ni estraviaron nunca, aun entregados á sí propios, aislados unos de otros y no habiendo nada escrito de antemano? Por qué lo que predicaba Felipe en el Asia mayor era absolutamente igual á lo que predicaba Andrés á los scitas, lo que Simon en Persia á lo que Tomás y Bartolomé en la India, Matías en Etiopía, Juan en el Asia menor, Pedro y Márcos en Italia, y Pablo en tantos lugares distintos? ¿Por qué á la vez apareció la misma doctrina en tantos puntos diferentes, sin que se encontrase en todos sus predicadores ni un solo sectario? ¿Cómo, salidos de las orillas del lago de Genezaret, y no conociendo mas idioma que el de su localidad y profesion, pudieron hacerse comprender de todos en cosas tan espirituales y en sitios tan diversos? ¿Cómo, en fin, todos aquellos *pescadores de peces* se convirtieron tan universal y prodigiosamente en *pescadores de hombres?*

A todas estas preguntas no hay mas que una contestacion posible: los apóstoles estaban inspirados.

Se manifiesta dificultad en creer en la venida del Espíritu Santo, en el don de lenguas, en la asistencia sobrenatural de Jesucrito y en la verdad de esta promesa: *ecce ego vobiscum sum omnibus diebus,* porque todo esto no consta mas que en el *Evangelio* y en los *Hechos;* pero ¿no se vuelve á encontrar, en resultado y en accion, en el suceso universal de la predicacion apostólica con los diversos caracteres que acabamos de señalar? Si no conociéramos este suceso y lo oyéramos contar, ¿no veriamos en él un milagro tan grande, mayor aún que los que lo esplican, y no haciendo con ellos mas que un solo y mismo milagro? ¿Se nos ocurriria divinizarlos y decir que es menos admirable que aquellos? ¡Estraña ilusion de la incredulidad! ecsige prodigios, se le presentan, y basta que sean incontestables para que dejen de ser admirables! En tanto que puede contradecir el *hecho* de un milagro, reconoce y hasta ecsagera su carácter, y deja de ver este carácter desde el momento en que no puede contradecir el hecho. En el primer caso, todo la subleva; en el segundo, nada la admira: incrédula ó crédula segun el interes, jamas segun la verdad.

Por mas que haga, no obstante, el prodigio es aquí sumamente manifiesto. La emision de una doctrina tan sublime y tan ignorada como la de Jesucristo, por espíritus naturalmente tan limitados y nulos como los de los apóstoles, y una emision que desde luego adquirió toda su plenitud y que llenó el mundo con la rapidez de su luz, no puede ser efecto sino de la mas alta y mas positiva inspiracion. En los apóstoles es esta inspiracion tan visi-